

PLENILUNIO DE LIBRA (4 de Octubre de 2009; 03:10 hora local de Argentina del Oeste).

### LA INTELIGENCIA EN EL MARCO DEL PROCESO EVOLUTIVO

Estamos aquí reunidos para celebrar el Plenilunio de Libra, el momento del año en el que el Sol derrama su energía a través de este signo, para que sus cualidades intrínsecas estén especialmente disponibles para ser aprovechadas por todas las formas manifestadas en nuestros mundos. Libra es un signo de tercer rayo, que simboliza la Inteligencia activa, uno de los tres atributos esenciales de la Divinidad, que se completan con el Amor-Sabiduría y la Voluntad y el Poder. Consideramos que es ésta una oportunidad propicia para analizar juntos la presencia de la Inteligencia en el marco del proceso evolutivo que involucra a las diversas expresiones de vida en tránsito hacia su integración en el Uno infinito, considerando el concepto Inteligencia como equivalente a Luz.

Sabemos que “en el principio todo era caos y oscuridad”, aunque en la esencia de la materia informe y desordenada -que mucho tiempo después descubrimos que era energía- anidaba un principio inteligente, a partir del cual se fue ordenando y evolucionando hasta conformar los mundos que hoy conocemos.

El planeta Tierra y todo lo que en él existe, como parte de la Creación que es, está regido por las reglas no explicitadas -pero no por ello menos reales y estrictas- que conforman el Plan de Dios -esa energía superior, impersonal, omnipresente y sutil-, que está en la esencia de todo lo que vive. A partir de dichas reglas se fue desarrollando la vida, de manera inconsciente al principio y cada vez más conscientemente con el transcurso del tiempo, dando lugar a los tres Reinos prehumanos conocidos: el Mineral; el Vegetal; y el Animal; cada uno portador de niveles de inteligencia creciente, que fue evolucionando desde la casi total oscuridad, hasta incipientes grados de Luz, compartida por todos sus integrantes. El primero, puramente físico, con su cualidad, el instinto primordial; el segundo, también físico, aunque con algún componente emocional, dominado también por el instinto, pero con cierta dosis de emoción; y el tercero, físico-emocional, caracterizado por el instinto y la emoción.

En la culminación del crecimiento de los integrantes más avanzados del tercer reino, tuvo lugar el hecho trascendental de la individualización, cuando en ellos se instala el cuerpo mental, dando lugar al cuarto reino, o Reino Humano, que se caracteriza por sumar al cuerpo físico y al emocional o astral, la mente, que incorpora la capacidad de poder crecer conscientemente desde la personalidad, aunque con todas las dificultades que sus limitaciones traen aparejadas, y de establecer el contacto entre el alma encarnada y el Alma en su propio plano o plano cósmico.

Consolidados en ese estadio, los seres humanos comenzaron a avanzar individualmente, cada uno desde diferentes grados de conciencia, abarcando desde la del hombre común, que es casi un animal, hasta la del Iniciado más elevado, que es casi un Dios, incluyendo las más variadas gradaciones. Y todos obligados a experimentar los unos con los otros, con sus circunstancias y con los demás seres vivientes, como condición para seguir elevándose hacia los planos superiores, con el fin de alcanzar como próxima meta la integración en la plena conciencia, sinónimo de plena Inteligencia y Luz, el Quinto Reino o Reino de Dios en la tierra, en el que se hará posible la Reparación de Cristo. Es en esta situación de carencias, de mezclas en diferentes proporciones de oscuridad y Luz, de ignorancia y conocimiento, de dudas y certezas, donde se encuentran las causas de nuestro mundo caótico y en permanente crisis, aunque también de crecimiento sostenido y esperanzado, en el que a poco de haber conseguido poner un pie fuera de la caverna, el ser humano pudo intuir un destino de Inteligencia superior, al mismo tiempo que sus limitaciones lo enfrentaron con el temor, la inseguridad y la incertidumbre. Tal como lo afirma Richard Moss, esto es así porque estamos transitando el tramo del Sendero que media entre el Primer Milagro: el momento de la individualización; y el Segundo Milagro: el de la plena conciencia.

En las limitaciones del estado de conciencia general, propias de la actual etapa del proceso evolutivo, tienen su origen todos los problemas que nos afectan, ya sean individuales: la dificultad para apreciar la Luz desde la oscuridad; de género: la necesidad de la lucha por el poder entre los sexos; de pareja: el desgaste que implica conseguir la armonía entre dos seres incompletos; de relación con el prójimo: la percepción diferente de una misma realidad; nacionales: la imposibilidad para satisfacer las necesidades del conjunto mientras prevalezcan los intereses individuales egoístas; internacionales: la desconfianza entre los países que dificulta la adopción de políticas comunes; y también espirituales: las limitaciones para percibir a la Divinidad de la misma manera.

Frente a esta realidad nos preguntarnos: ¿Cuál es el camino a seguir aquí y ahora? En nuestra opinión, aceptar los desafíos que ella propone, desde la convicción de que estamos frente a instrumentos que nos ofrece nuestro Ser más profundo para que experimentemos aquello que en cada momento necesitamos para crecer, observando que nunca las experiencias que debemos enfrentar están por encima de nuestras posibilidades para hacerlo, y tratando de comprender que lo que importa más que la cualidad de la experiencia, es lo que ella aporta para acceder a niveles superiores de conciencia. Lo que se espera de quienes están involucrados en dichas experiencias, es que puedan evitar ser presa de la compulsión en la búsqueda de soluciones, comprometiendo todos sus recursos - tanto físicos, como emocionales, mentales y espirituales-, porque de esa manera sólo

conseguirán darle mayor poder al problema, dificultando la obtención del beneficio que el mismo conlleva. De lo que se trata, es de transitarlo —por duro que parezca— en forma natural y confiada, restándole energía y procurando aprovecharlo más que resolverlo, intentando que se diluya en sí mismo, a medida que se vayan incorporando conscientemente los efectos positivos que su apariencia oculta, y teniendo siempre en cuenta que no es recomendable intentar el camino aparentemente más fácil de la negación-represión, que implica postergarlo hasta que vuelva a hacerse presente con mayor virulencia, corriendo el riesgo de pasarlo por el cuerpo físico, convirtiéndolo en patología.

Asimismo, es aconsejable hacer conscientes los impulsos recibidos desde lo interno a través del instinto -que suele ser confundido con intuición-; desde la emoción -que puede ser percibida como razón-; desde la razón -que a veces es tomada como “iluminación”-; y también la información proveniente de lo externo, por medio de textos o palabras correctos en sí, pero que pierden sentido cuando no son comprendidos en el marco de la experiencia individual en curso, que se corresponde con la ubicación en el proceso evolutivo de la persona involucrada, convirtiéndose en fracaso y frustración al ser llevados a la práctica. De lo que se deduce que lo razonable es experimentar todo lo que la realidad propone -lo más consciente e intensamente posible-, sin reservas, culpas o complejos, ni preconcepciones morales, ideológicas o religiosas. El camino correcto es el que señalan los sentimientos más profundos que emanan desde el corazón, que constituyen la verdadera realidad de cada uno, para dar lugar a nuevas y más exigentes experiencias, como condición para elevar el nivel de conciencia, y así sucesivamente, repitiendo el proceso, hasta alcanzar la plena Inteligencia o Iluminación.

Algo para tener también en cuenta, es no calificar lo que nos es dado para experimentar, sino vivirlo plenamente, conscientes de que el bien y el mal, así como el placer y el dolor, y todos los demás pares de opuestos que forman parte del mundo de la ilusión, son sólo opiniones maniqueas, limitadas y arbitrarias de la mente concreta o intelecto, que tiene la particularidad de percibir la realidad de manera parcial, porque aún no está preparada para apreciarla tal como verdaderamente es. Esto que es válido para las relaciones personales, puede hacerse extensivo a las grupales, nacionales e internacionales, en el sentido de que cada persona, grupo o país, tiene en cada momento la experiencia que le corresponde de acuerdo con el Plan para elevar su grado de conciencia. La comprensión de las limitaciones de la mente inferior, nos lleva a poner en duda la validez de sus juicios siempre cambiantes, y a que -convirtiendo la dificultad en virtud- aprendamos a modificarlos desde la sabiduría de nuestros aspectos más profundos, para aprovechar mejor las experiencias que nos son dadas y moderar las angustias y los dolores innecesarios. Todo esto, obviamente, sin dejar de reconocer todo lo aportado por este

aspecto de nuestra personalidad, para que la humanidad haya llegado en su crecimiento hasta donde hoy se encuentra.

Continuando con esta línea de razonamiento, si sabemos observar el proceso histórico como una sucesión de hechos causales, y lo que resta por venir como la proyección de los mismos, veremos que nada de lo ocurrido hasta aquí puede ser calificado como bueno o malo, ni como placentero o doloroso, sino como lógico y necesario. De acuerdo con este criterio, también se relativiza la responsabilidad por sus actos de quienes asumieron, asumen, y lo seguirán haciendo, el rol de instrumentos para producir las experiencias necesarias; tanto el salvaje hombre primitivo que nos sacó de la caverna para depositarnos en el feudalismo esclavista; como el brutal señor feudal que abonó el terreno que dio lugar al sistema capitalista, o el explotador capitalista que está abriendo el camino para un mundo de igualdad de oportunidades para todos. También podremos explicarnos con mayor claridad, la participación de quienes hicieron posible los hechos de la historia - luminosos u oscuros-, desde el descubrimiento del fuego, que revolucionó la vida en sus albores; la comprensión de la ley de gravedad, que dio lugar a la física moderna; la demostración de la redondez de la tierra, que abrió la posibilidad al conocimiento de nuestro mundo; o la formulación de la teoría de la relatividad, que nos puso en contacto con la infinitud del Universo; hasta el Calvario de Cristo, del que sus causantes asumieron la responsabilidad de constituirse en la condición necesaria para que a través de su sacrificio, Él nos legara la máxima enseñanza de Amor; los más brutales regímenes dictatoriales del siglo pasado -responsables de dos guerras mundiales-, cuyas acciones dieron lugar a experiencias tan dolorosas que la humanidad difícilmente necesite volver a repetir las; las sangrientas dictaduras militares autóctonas que nos sumergieron en la injusticia, la demagogia, la violencia y el genocidio, para que nunca más nadie se tiente con quebrar el orden democrático que mal o bien venimos disfrutando desde 1983; o aquellos que ejerciendo su legítimo derecho a enfrentarlas, incurrieron en los mismos delitos de lesa humanidad que sus enemigos.

En cuanto al dolor, basta con observar la historia para advertir que es el resultado de la ignorancia de la especie, que no consigue acertar con las acciones correctas, tanto en las relaciones entre las personas como entre los pueblos, y que el experimentarlo contribuye como toda experiencia también a elevar el nivel de conciencia individual y colectivo, transformándolo en un medio adecuado para poder superarla. ¡Cuánto dolor fue necesario para llegar hasta aquí; y cuánto más hará falta todavía hasta lograr la verdadera liberación! De allí lo de “el valle de lágrimas”, que nos sugiere que en el plano material prevalece el dolor, mientras que el placer constituye sólo una tregua que ofrece la naturaleza para enfrentar futuros dolores, y que lo que llamamos felicidad es también parte de la

percepción ilusoria de nuestra no por limitada menos imaginativa mente concreta, porque la verdadera felicidad sólo puede ser hallada en los por ahora esporádicos encuentros entre la personalidad y el Alma, que serán cada vez más frecuentes a partir del crecimiento espiritual de la humanidad, hasta culminar en la integración definitiva entre ambas, el estado de auténtica Felicidad.

¿Esto significa entonces que sólo se trata de experimentar y sentarse a esperar que la semilla fructifique? No, para nada. Experimentar es la condición primera del Plan; lo que sigue es tratar de hacerlo cada vez más conscientemente, procurando incorporar conocimientos en forma constante, participando en las más diversas actividades, y comprendiendo que todo conocimiento sólo tiene validez cuando es llevado a la práctica, teniendo siempre presentes las enseñanzas del Señor Buda, que nos dice “que no hemos de creer lo dicho, simplemente porque ha sido dicho, ni en las tradiciones, porque han sido transmitidas desde la antigüedad, ni en los rumores como tales; ni en las fantasías que sospechamos que nos han sido inspiradas por un deva (es decir, una supuesta inspiración espiritual); ni en las deducciones basadas en alguna suposición casual que hemos hecho; ni por lo que parece ser una necesidad analógica; ni por la mera autoridad de nuestros instructores o maestros; sino que hemos de creer cuando lo escrito, la doctrina o lo dicho, está corroborado por nuestra propia razón o conciencia”. Además, nos dice: “les he enseñado a no creer por el solo hecho de haberlo oído decir; pero también, que cuando crean con toda conciencia, entonces actúen de acuerdo a ello, con plenitud”.

Otra condición es meditar sistemáticamente, tratando de adquirir el hábito de mantener alineados desde la mente los tres cuerpos que integran la personalidad: el físico-etérico, el emocional y el mental, hasta conseguir que vibren en la misma sintonía, para luego concentrar el pensamiento hasta que el medio externo desaparezca de la conciencia, lo que permite acceder al estado de contemplación, en el que a través de la intuición -cualidad de la mente superior- se hace posible el contacto entre la personalidad y el Alma. En tal estado, el fluir de la información desde los planos superiores impresiona el cerebro físico, facilitando la expansión de la conciencia, objetivo primordial de la existencia de todas las formas manifestadas, como lo hemos venido sosteniendo. Este mecanismo puede verificarse de manera consciente en un momento elegido, o espontáneamente, en ocasiones indeterminadas.

Pero la propuesta quedaría incompleta sin lo que da sentido a toda actividad espiritual; esto es, que tenga como fin el servicio, que es amor en acción; siendo el amor la cualidad esencial del Alma, servir es llevar a la práctica lo que el Alma siente; es cumplir con el mandato Divino: “ama a tu prójimo como a ti mismo”, actuando en consecuencia. Se

puede servir desde la ignorancia o desde la sabiduría; en forma individual o colectivamente; sólo basta con estar disponible para atender las necesidades del prójimo en todo lugar y en todo momento, desde cualquiera de los planos del ser. De nada sirve el conocimiento si no se convierte en servicio, que se perfecciona cuando se renuncia a los frutos de la acción; es decir, cuando es practicado con desapego. Servir es atender las necesidades del prójimo como si fueran las propias.

El proceso evolutivo es inexorable y tiene establecidos sus propios tiempos, que son inalterables, que nunca coincidieron y es de prever que en el futuro tampoco lo hagan, con el de los pronosticadores de turno, que operan desde el plano del bajo astral, valiéndose del “psiquismo inferior”, como nos explica Alice Bailey. Resulta cuanto menos irresponsable que a pesar de las repetidas desmentidas de la realidad, se sigan anunciando fechas determinadas en las que habrán de ocurrir acontecimientos trascendentales. Todo tendrá lugar a su debido tiempo, cada vez que los niveles de conciencia respectivos determinen que el momento ha llegado. Es cierto que los astros nos anuncian que está terminando la era de Piscis y comenzando la de Acuario, pero ésta tiene más de dos mil años por delante para producir sus cambios, que sin duda ocurrirán, pero de manera paulatina, armoniosa, aunque inevitable, y tendrán lugar a su debido tiempo, independientemente de las pretendidas “profecías” de gente interesada, confundida, apurada o mesiánica, y de la ingenuidad y credulidad de las grandes masas.

Lo que hoy sabemos según lo que afirma Saraydarian, es que la humanidad recién ha completado el proceso de construcción de su cuerpo físico, mientras que los otros cuerpos aun están en proceso de elaboración; que el treinta por ciento tiene conformado su cuerpo emocional, del que sólo un diez por ciento sabe usarlo correctamente, que el quince por ciento pudo construir su mental inferior (intelecto) y está en condiciones de utilizarlo; que sólo uno en un millón está polarizado en su mental superior y puede valerse de su aspecto intuitivo; mientras que uno en un billón está en contacto con sus cuerpos átmico, monádico y ádico, lo que quiere decir, concretamente, que mientras el ochenta y cinco por ciento de los seres humanos aun tiene que ver con el tercer reino, una muy reducida cantidad de individuos consiguieron, a través de la inspiración iluminada, legarnos las grandes creaciones y descubrimientos que disfrutamos, admiramos y nos enorgullecen como especie.

Para continuar avanzando en el camino, es necesario determinar con objetividad el punto exacto en el que cada uno se encuentra, y desde allí, con esfuerzo, aunque con tranquilidad y paciencia, ir dando los pasos siguientes para continuar en el Sendero, con la convicción de que habremos de arribar a la meta y de que tenemos todo el tiempo por

delante para cumplir con ese objetivo. Cabe la recomendación de poner en práctica la aceptación, la comprensión y la compasión, respecto a quienes transitan detrás de nosotros en el camino, para tener el derecho a esperar lo propio de parte de aquellos que nos preceden.

En la certeza de que todas las formas manifestadas habrán de coincidir inexorablemente en su integración en el Uno infinito para lo que fueron diseñadas, la decisión que nos cabe, es elegir entre tomar el camino más directo, que consiste en emprender el trabajo espiritual consciente, o dejar librado a que el transcurso del tiempo se encargue de producir los resultados que de todas maneras habrán de ocurrir. Si elegimos la primera opción, debemos saber que la forma de encarar el trabajo es enteramente subjetiva, autodidacta, dirigida exclusivamente hacia nuestro interior, y que ha de ser llevada a cabo en forma sencilla, esforzada, lenta y permanente, apuntando -como dijimos- a incorporar la mayor cantidad de conocimientos a través del estudio y la puesta en práctica de lo aprendido, al ejercicio sistemático de la meditación como forma de conectarse con los planos superiores, permitiendo que desde allí fluya todo lo que está disponible para nosotros, con el fin de configurar el cerebro físico de la manera más adecuada para alcanzar los objetivos propuestos, y, sobre todo, tratando de convertirse -olvidándose de sí mismo- en un servidor de la humanidad desde cualquier espacio posible.

Una condición ineludible para que el trabajo sea efectivo en el largo plazo -que es lo que se espera-, es aprender a diferenciar sus pautas exigentes pero efectivas, de ciertas técnicas que proliferan en el “mercado” ofreciendo todo tipo de “soluciones mágicas” y rápidas, consistentes en prácticas de todo tipo desde lo externo que no requieren compromiso interior alguno, que se asemejan por la manera en que son presentadas a vulgares productos comerciales, y que convierten a las personas en sujetos pasivos sólo dispuestos a recibir atención a cambio de una determinada cantidad de dinero. Si bien en el plano que abarcan los tres cuerpos inferiores de la personalidad la experiencia puede resultar en cierta forma valedera, nos atrevemos a afirmar que la misma nada tiene que ver con el verdadero trabajo espiritual.

Aquella pequeña luz inteligente presente en los albores de la Creación, ha crecido en una medida acorde con el esfuerzo, el dolor y el sacrificio, pero también con la esperanza, la fe y el amor, de todas las vidas que poblaron el mundo desde entonces. No importa juzgar los resultados obtenidos, sino continuar hasta el final con la tarea de quienes en todos los tiempos han sido. Convencidos de que “la energía sigue al pensamiento”, proyectemos nuestra mente hacia la Inteligencia y la Luz que nos están esperando en el

futuro, con el que seguramente nos encontraremos en el lugar previsto en el momento oportuno.

Para concluir, les dejo nuestra convicción de que a pesar de las calamidades que observamos en nuestros mundos cotidianamente, ellas no son nada más que la prueba de que cuando la noche se hace más oscura, es señal de que está cercano el amanecer. Es indudable que la plena Inteligencia y la Luz nos aguardan al final del camino, más allá de la dureza de las experiencias que debemos transitar para cumplir con nuestro destino, lo que confirma aquello de que “Dios somete a las pruebas más duras a sus hijos más queridos”.